

Dostoievski, el nihilismo y la revolución

Arthur Moeller van den Bruck¹

El germen del nihilismo se encontraba ya en las sectas. Los *raskólniki*² fueron los primeros en llevar el clima revolucionario al pueblo ruso y en diseminar la sublevación religiosa. Puesto que el ruso quería seguir siendo un creyente ortodoxo, se hizo antiguo creyente para volverse creyente heterodoxo y, finalmente, incrédulo. El *raskol* era en sus orígenes una lucha del pueblo por su única formación: la espiritual. Era una lucha por lo poco que poseían los pobres de espíritu, quienes no querían que les tocasen las ideas a las que se habían habituado durante siglos: el ritual, la leyenda y el texto. Era una lucha que no conducía a ninguna reforma, sino al cisma y, finalmente, a la herejía. Pero en esta lucha se mantuvieron estólidos como posesos e indómitos hasta el fanatismo. Esperaban el final de los tiempos, el reino de los mil años, al Anticristo en la tierra. Ya aquí se hace evidente la unión de Apocalipsis y nihilismo, pero también de conservadurismo, hecho que se repite de alguna manera en todas las revoluciones rusas.

El nihilismo religioso se convirtió con el paso del tiempo en nihilismo político. Cuando apareció Pedro I y, en virtud de sus reformas seculares, sometió la Iglesia al Estado, se vio también en él, en el propio Zar, al Anticristo. Es más, en su lucha contra la Iglesia, los *raskólniki* se atrevieron asimismo a luchar contra el Estado. Recibieron afluencia de todas las esferas de la sociedad que estaban en fricción con la autoridad. En el *raskol* se agruparon los desencantados del país. Vino quien tenía mala conciencia. Vino el funcionario que había malversado fondos y el campesino que se había rebelado. Vino el soldado que había huido de su tropa. Vinieron los *streltsi*³ que habían conseguido

¹ La traducción se realiza a partir de Arthur Moeller van den Bruck: «Dostojewski, der Nihilismus und die Revolution», en F. M. Dostojewski: *Die Dämonen. Roman in zwei Bänden. Sämtliche Werke. Erste Abteilung, Fünfter Band*. R. Piper & Co. Verlag, München, 1921⁴, I, págs. IX-XXI.

² Los *raskólniki* (de *raskol*, «cisma» en ruso) o viejos creyentes eran los cristianos ortodoxos partidarios de la liturgia y cánones eclesiásticos anteriores a las reformas introducidas por el patriarca Nikon en 1654. Una de las medidas más polémicas que impulsó Nikon fue el de otorgar un papel intervencionista al Estado en los asuntos eclesiásticos. De ahí que los *raskólniki* no sólo lucharan por su libertad religiosa, sino también política. (De aquí en adelante, todas las notas son del traductor.)

³ Del ruso *streléts*, «tirador», «flechador». Miembro de un cuerpo militar creado en 1550 durante el reinado de Iván IV, el Terrible. Llevaron a cabo dos sublevaciones (1682 y 1698), estando dirigida la última contra Pedro I, quien los castigó con tal crudeza que un año más tarde, en 1689, ya apenas existían *streltsi* en el país.

escapar de los tribunales de sangre de Moscú⁴. Vinieron los corsarios cosacos, pero también los patriotas ucranianos, gente de los seguidores de Stenka Razin⁵ y de Mazepa⁶. Vinieron los descalzos. Vinieron criminales. Vinieron asesinos, bandidos y ladrones, todos a los que amenazaba el camino de grilletes a Siberia. Todos ellos vinieron y fueron aquí hermanos de chusma, pero también hermanos en la libertad.

La forma de esta hermandad no era todavía la de la conspiración. Pero la táctica de los nihilistas se anunciaba ya en los sectarios. Entre las comunidades se mantenían relaciones secretas como después entre los «grupos». Se ocultaba a los perseguidos, se extendían falsos pasaportes y, así como más tarde se pasarían proclamas a escondidas, entonces se hacía contrabando con hostias, reliquias y devocionarios prohibidos. En las hermandades reformadas de los *stundistas*⁷, de los *molokanes*⁸ o de los *dujores*⁹, cuyos adeptos se solían agrupar en torno a una idea más refinada, este nihilismo religioso se convirtió finalmente en algo por completo honesto, respetable y virtuoso-pietista. Mas también de ellos, como de las familias de los Popes, en las que el hijo problemático seguía al padre ortodoxo, emanó la substratificación nihilista del pueblo ruso. Incluso Raskólnikov, en cuyo cerebro en lugar de la inofensiva preocupación de cómo se tenía que escribir correctamente el nombre del Salvador le agitaba el ánimo la peligrosa cuestión del bien y del mal, llevaba de los *raskólniki* el apellido y pertenecía a ellos no sólo por ascendencia, sino también por predisposición.

⁴ Moscú es la ciudad en la que los *streltsí* se sublevaron en 1698 y en la que fueron posteriormente ajusticiados, empezando a partir de entonces su paulatina desaparición, consumada en 1720.

⁵ Stepán Timoféievich Razin, conocido como Stenka Razin (1630-1671), fue líder de la mayor sublevación cosaca llevada a cabo entre los años 1670 y 1671. La manera en la que fue torturado y descuartizado vivo en Moscú fue un acontecimiento que ha pasado a los anales de la historia.

⁶ Se trata de Iván Stepánovich Mazepa (1639-1709), noble cosaco que luchó por la independencia de Ucrania.

⁷ Movimiento de resurrección de los campesinos del sur de Rusia en la segunda mitad del siglo XIX liderados por el padre Johann Bornhänger (1796-1857). Su nombre deriva de *Stunde*, esto es, *la hora de leer e interpretar la Biblia*. Como señala Moeller van den Bruck, tanto éste, como los dos movimientos que menciona a continuación, son de origen protestante.

⁸ O molocanos. El término proviene del ruso *molokó*, «leche». Miembros de una secta cristiana muy extendida en el siglo XVIII en Rusia, tenía su origen en la doctrina de Semen Uklein (1733-1809). Esta denominación parece ser que se trata de un apodo que le dieron las autoridades ortodoxas oficiales debido a su preferencia por el consumo de leche, cuya justificación creían sus adeptos encontrar en la primera epístola de Pedro, capítulo 2, versículo 2, donde se afirma: «Como recién nacidos, desead la leche espiritual no adulterada para que con ella crezcáis para la salvación».

⁹ Palabra compuesta de *duj* y *borets* y que significa en ruso «combatiente del espíritu». Esta secta, de carácter puramente racionalista y que se distinguía por carecer de una clase sacerdotal, se originó con las reformas impuestas por el patriarca Nikon, teniendo como líder a Siluan Kolesnikov. Pacifistas convencidos, no por ello dejaron de luchar por su libertad e independencia bajo los gobiernos de los distintos zares, desde Pedro I hasta Nicolás II. Como dato anecdótico, señalar que contaron con el apoyo explícito de León Tolstói.

El demonio del nihilismo era en una época todavía medieval como un animal escalofriante. En el periodo de los decembristas se le veía circular en forma byronica entre los jóvenes entusiastas¹⁰. Los decembristas eran jóvenes apasionados que habían aprendido conceptos liberales de la Revolución Francesa y traído consigo ideas progresistas de las campañas europeas. A partir de un par de reivindicaciones liberales, supresión de la censura y transparencia de los tribunales de justicia, esperaban una mejora del podrido mundo ruso. Pero no tenían ninguna idea política concreta. Por ello fracasaron. Por el contrario, los jóvenes políticos y los ideólogos radicales de los años cuarenta se reunían en clubes de debates. Todos los elementos serios que buscaban, que avanzaban a tientas, pero también todos los que se habían extraviado, se agrupaban en estos clubes de debates, uno de los cuales se hizo famoso con el nombre de los *petrashevski*, porque Dostoievski se había involucrado en la historia de la conspiración de la que se acusó a sus miembros. Dostoievski aludía a esta época de agitación en Rusia, de transición y de incertidumbre, cuando escribió: «Entonces había entre la gente joven muchos, muchísimos que estaban impregnados de algo, que esperaban algo...»¹¹. Pero tampoco los *petrashevski* tenían todavía una idea política o social concreta. Se ocupaban únicamente de ideas¹². Leían las obras de Saint-Simon y de Proudhon, de Owen y de Fourier. Se referían al «phalanstère»¹³. Mas no había una unidad de tendencia en estos clubes de debates. Los *petrashevski* no habrían podido darse bajo la unidad de un programa. Y para una unidad de acción faltaba todo requisito previo. En su escrito de justificación, Dostoievski indicó: «Se puede decir que allí no se encontraban tres personas que estuvieran de acuerdo en algún punto sobre un tema cualquiera dado»¹⁴.

¹⁰ El prototipo byroniano se halla personificado en Grigori A. Pechorin, el protagonista de *Un héroe de nuestro tiempo* de Mijaíl Y. Lérmontov, así como en el poema *El prisionero del Cáucaso* de Aleksander S. Pushkin.

¹¹ Estas palabras se hallan en *Diario de un escritor* de enero de 1877, capítulo segundo, apartado IV con el epígrafe «Antiguas memorias», donde Dostoievski rememora sus años en los que conoció a Nekrásov y el éxito de su primera obra *Pobres gentes* (PSS 25:29).

¹² Dostoievski confiesa: «Estábamos contagiados por las ideas del entonces socialismo teórico. El socialismo político aún no existía en Europa y los caudillos europeos de los socialistas incluso lo rechazaban» (PSS 21:130).

¹³ Como Dostoievski confiesa en su escrito de defensa en el proceso judicial tras su arresto por pertenecer al grupo de Petrashevski, éste «adoraba el sistema de Fourier y lo había estudiado en detalle». Н. Ф. Бельчиков: *Достоевский в процессе петрашевцев*. Издательство Академии Наук СССР, Москва - Ленинград 1936, págs. 72-93, aquí, pág. 75. Para más detalles, véase Nicholas V. Riasanovsky: «Fourierism in Russia: An Estimate of the Petrasevsky», *The American Slavic and East European Review*, vol. 12, núm. 3 (octubre de 1953), págs. 289-302.

¹⁴ Véase el documento en Бельчиков, págs. 76 y 87. Justo una línea antes de esta afirmación, en la página 76, Dostoievski había escrito que «no encontré ninguna unidad en la sociedad de Petrashevski, ninguna dirección, ninguna meta común», para concluir que sólo había «eternas contradicciones y desacuerdos en opiniones».

Era la época de las reivindicaciones literarias y políticas. Dostoievski también tenía por entonces sus reivindicaciones. Y él tenía, no lo negó, sus quejas. En el círculo de los *petrashevski* se pronunció a favor de la abolición de la servidumbre y consideraba indispensable la liberación de los campesinos. Pero no actuaba como un liberal por doctrina que ama sus principios, sino como ruso por amor al pueblo. Él quería liberar a los hombres, pero lo quería hacer de forma popular y no a través de la socialización. Él también leyó las obras de los socialistas porque ellas, como dijo, estaban escritas con entusiasmo en aras del bienestar de los hombres. Mas rechazó el furierismo, mientras que Petrashevski abogaba por él¹⁵. El bienestar de los hombres le parecía que en Rusia se podía asegurar sólo a través del Estado y desde el pueblo.

Dostoievski también fue un revolucionario. Como ruso, como hombre ruso con todas sus posibilidades rusas, que van desde la ortodoxia hasta el nihilismo, él también compartió en un rincón, en una oculta profundidad de su naturaleza muy compuesta, ésta, la más extrema de todas las posibilidades políticas. Cuando en una ocasión expresó el deseo de que la liberación de los campesinos también debía realizarse «desde arriba» y cuando se le objetó que esto probablemente nunca ocurriría, decidió casi titubeante: «De acuerdo, entonces por la fuerza». Él mismo se describía¹⁶ en esta época como un hombre, cuya naturaleza entera se había adaptado para ser un conspirador: callado, taciturno, sólo capaz de expresarse en privado, pero, cuando se dejaba llevar por el discurso, de poderosa capacidad de persuasión. Mas Dostoievski no era un revolucionario por doctrina, sino ya casi por aquella patología que establece que para el ruso la salvación consiste en compartir la enfermedad de su prójimo, en compadecerla por conocimiento y en rebelarse por compasión. Dostoievski, que poseyó la capacidad de participar en todo proceso revolucionario, tenía como ruso sobre todo la vivencia del nihilismo, estaba espiritualmente familiarizado con él, lo seguía por afinidad electiva. Pero esta versatilidad, que era sólo una expresión de su ser ruso, incluía al mismo tiempo la posibilidad de que también fuese por el otro camino, no necesariamente el reaccionario de la fórmula Uvárov¹⁷, pero sí el conservador de un hombre que sabe que conduce finalmente al Gran Inquisidor.

¹⁵ En su prólogo a la segunda edición, Moeller van den Bruck sostenía que Dostoievski rechazó a Fourier «porque era europeo, no ruso». Por lo que se refiere al testimonio de Dostoievski, véase su escrito de justificación en Бельчиков, págs. 88-93.

¹⁶ Véase su escrito de justificación en Бельчиков, pág. 79.

¹⁷ Se refiere a Serguéi Semiónovich Uvárov (1786-1855), ministro de educación popular bajo Nicolás I. Se le considera el padre de la ideología zarista conservadora, tal y como lo expresó el 21 de marzo de 1833,

En Siberia, Dostoievski se acercó al pueblo ruso. En la *kátorga*, en el trato diario, lo conoció por vez primera. Y se percató de cómo había en este pueblo hombres fuertes y profundos que estaban llenos de una autenticidad propia y de una fuerte originalidad que provenía de una especial naturaleza rusa. Habían cometido crímenes, pero Dostoievski era lo suficientemente psicólogo y a-moralista como para entender al criminal¹⁸. Cuando los estudió, descubrió que en el fondo eran todos buenos. Y cuando comparaba a los hombres que conoció en la *kátorga* con los doctrinarios de San Petersburgo que hablaban de constituciones y de revoluciones europeas, éstos salían muy desfavorecidos. En su naturaleza analfabeta, estos criminales los superaban por la belleza de la fuerza autóctona¹⁹. Posteriormente Dostoievski defendió esta fuerza autóctona teniendo que luchar tanto contra los Uvárov²⁰, como contra los elementos radicales europeos²¹. Con este pueblo ruso autóctono se sentía unido en la certeza de que, incluso cuando no estaba inclinado a conservar lo existente, se mantendría tan imperturbable en su fundamento como podía estar seguro de su destino todavía oscuro²². Presintió lo que hoy se ha convertido en un acontecimiento en Rusia, sintió que Rusia tenía que pasar por la destrucción y dijo: «Todavía no ha nacido la futura e independiente idea rusa, la tierra

cuando declaró que «nuestro deber común consiste en que la educación popular, de acuerdo con la más alta intención del Augusto Monarca, se lleve a cabo en un espíritu unido de Ortodoxia, Autocracia y Nacionalidad».

¹⁸ De ello dio buen testimonio Friedrich Nietzsche, cuando en un célebre pasaje de *Crepúsculo de los ídolos* (1888) escribía que Dostoievski era esencial para comprender la cuestión del criminal, pues «este hombre profundo, que tenía diez veces derecho a menospreciar a los superficiales alemanes, recibió una impresión muy distinta de la que él mismo aguardaba de los presidiarios de Siberia, en medio de los cuales vivió durante largo tiempo, todos ellos autores de crímenes graves, para los que no había ya ningún camino de vuelta a la sociedad – le dieron la impresión, más o menos, de estar tallados de la mejor, más dura y más valiosa madera que llega a crecer en tierra rusa». Friedrich Nietzsche: *Crepúsculo de los ídolos o Cómo se filosofa con el martillo*, «Incursiones de un intempestivo», § 45. Introducción, traducción y notas de Andrés Sánchez Pascual, Alianza Editorial, Madrid, 1997, pág. 122.

¹⁹ En el prólogo a la segunda edición, Moeller van den Bruck era más explícito: «En sus crímenes vivía todavía el Dios de su tierra».

²⁰ Página 23.

²¹ En el prólogo a la segunda edición, el autor completaba este pensamiento con las siguientes palabras: «De esta manera se distinguía de los reaccionarios, de los dogmáticos y de los convencionales, que juzgan y prejuzgan, sin conocerse a sí mismos ni a los problemas». Por su parte, Oswald Spengler, escribió que «sus *Demonios* fueron criticados como conservadores por la inteligencia rusa. Pero Dostoievski no percibe en absoluto estos conflictos. Para él no hay diferencia entre conservador y revolucionario: ambos conceptos son occidentales». Oswald Spengler: *La decadencia de Occidente. Bosquejo de una morfología de la historia universal*. Traducción de Manuel García Morente, Espasa Calpe, Madrid, 1998, vol. II, pág. 303.

²² En un pasaje de *El adolescente*, Dostoievski afirma: «El pueblo, amigo mío, hablo del pueblo. Ha mostrado esta grandiosa fuerza vital y su amplitud histórica, tanto desde el punto de vista moral, como desde el punto de vista político» (PSS 13:105). En la versión de Fernando Otero (Alba Editorial, Barcelona, 2021), pág. 165.

está sólo inquietantemente embarazada de ella y ya se prepara para darla a luz entre terribles tormentos»²³.

Dostoievski amaba al pueblo ruso por su innata predisposición a una moral ingenua. Pero también reconoció cuán impredecible era en sus impulsos, en la contradicción de sus pasiones, en la vehemencia de su simpatía o de su rechazo. Su codicia, su carnalidad, su funesto lastimarse a sí mismo era como una segunda naturaleza que engullía constantemente una primera. Su falta de moderación era la contrapartida de su modestia. No otra cosa parecía ser su innata rebelión, sino sólo la contradicción de un pueblo tan inestable que buscaba a la vez producirla y repelerla de sí²⁴. Dostoievski reconoció que un pueblo semejante tenía que ser refrenado de manera conservadora. Y cuando regresó de Siberia, Dostoievski empezó a obrar de manera consciente en Rusia con un pensamiento político que estaba dirigido a la unión y no a la disolución: con un pensamiento conservador que se basaba en un conocimiento del hombre que procedía de un conocimiento del pueblo, con las convicciones de un conservadurismo psicológico que correspondía a un pueblo, cuya naturaleza misma es un conservadurismo eternamente intranquilo y, no obstante, restablecido.

En Rusia, Dostoievski encontró una situación política completamente diferente. La abolición de la servidumbre se había finalmente conseguido. Y muchas otras reformas liberales eran inminentes. Mas, al mismo tiempo, se desplegaba un movimiento bajo la superficie de la vida pública y social, en las esquinas, en las buhardillas, en los escondrijos de la capital, en los círculos conspirativos de la emigración de Londres y Zúrich que ya había superado anárquicamente las reivindicaciones liberales de los años cuarenta: el nihilista. Sus manifestaciones se remontaban a la época de los *petrashevski*. Dostoievski mismo confirmó a los nihilistas que procedían de los *petrashevski*, aunque éstos no habían sido nihilistas. Es cierto que el juez de instrucción del proceso de los *petrashevski* se había equivocado cuando adscribió a la cuenta política de los acusados el creciente número de latifundistas asesinados por sus campesinos o los incendios provocados en el campo, los

²³ «Cuaderno de apuntes de 1880-1881» (PSS 27:76).

²⁴ Referencias sobre este peculiar carácter del hombre ruso se hallan en toda la producción del novelista. A título de ejemplo, se puede citar el siguiente pasaje de *El adolescente*: «Sí, siempre ha sido un misterio y me ha sorprendido mil veces la capacidad del hombre (y, parece, del hombre ruso en particular) de acuñar en su alma el más sublime ideal al lado de la mayor de las bajezas y siempre de un modo totalmente sincero. Si esta amplitud es una característica del hombre ruso, que le permite ir muy lejos o si es simplemente una bajeza, ¡he aquí la cuestión!» (PSS 13:307). En un pasaje anterior había afirmado con preocupación que: «¡El hombre ruso no sabe refrenarse! ¡Por eso, hasta el día de hoy, los extranjeros se nos comen vivos, sí, ya lo están viendo!» (PSS 13:167). Véase asimismo PSS 13:352. En la versión citada de Fernando Otero, estas citas se hallan en las páginas 467, 257 y 533 respectivamente.

robos y los atracos. Eran fenómenos que, sin la intervención de los doctrinarios de San Petersburgo, resultaban del tumultuoso curso del movimiento campesino que precedió a la abolición de la servidumbre y que no finalizó con ella. Se seguían produciendo revueltas de los sectarios y, como en los tiempos de Nicolás, los viejos creyentes y los otros credos se reunían por miles para proteger sus iglesias de ser derribadas y los militares, encomendados por el poder ejecutivo, los perseguían ultrajándolos. En la rebelión rusa, el motivo religioso se unía al social²⁵.

Pero también varias formas previas del nihilismo político le eran familiares a Dostoievski de su primera época en San Petersburgo. Fue un *petrashevski* quien tramó en primer lugar la idea de los «cinco» que Dostoievski más tarde tomó como esqueleto para la composición de *Los demonios*: la idea de una gran asociación política, en la que grupos de acción, que no se conocerían entre sí, dependerían de una misteriosa dirección superior. La asociación se denominó la «Sociedad de la propaganda» y uno de los miembros había incluso propuesto una «Hermandad de personas con convicciones anarquistas para la ayuda mutua»²⁶. Se elaboraron esbozos para la organización de tales agrupaciones. Se debatieron las perspectivas de un levantamiento. Por último, pero no menos importante, las imprentas secretas como misteriosos lugares de origen de enormes cantidades de libelos o las clandestinas asambleas de los correligionarios de San Petersburgo en ciudades de Ingria fueron fenómenos que Dostoievski pudo tomar como motivos de *Los demonios* y trasladarlos a un escenario terrorista de una anónima ciudad de la gobernación rusa. La táctica de los nihilistas se formó en la época de su exilio. Se buscaba una unión con las gentes del pueblo para difundir de esta manera entre las masas la conciencia de una forma extraña de las condiciones rusas. Se anunciaba la hora en la que los estudiantes «iban al pueblo». Se preparaba tanto el tipo como el papel de la estudiante nihilista. En las ciudades se produjeron las primeras huelgas de trabajadores.

²⁵ La persecución de los antiguos creyentes y de los sectarios rusos por parte del gobierno ruso a través de los jueces fue denunciada por León Tolstói en diversas obras suyas como, por ejemplo, en *La muerte de Iván Ilich*.

²⁶ En el prólogo a la segunda edición, Moeller van den Bruck identificaba a este miembro como el teniente de la Guardia Montbelli. De hecho, se trataba de Nikolái Aleksandróvich Mombelli (1823-1902), uno de los miembros más radicales del círculo de Durov, quien pretendía en efecto crear una sociedad secreta que, como dice Moeller van den Bruck y la investigación, habría influenciado posteriormente en la concepción de *Los demonios*. Condenado como Dostoievski, no perdería el contacto con el escritor ruso. Para más información, véase el imprescindible estudio de A. Долинин: «Достоевский среди петрашевцев», *Звенья*, VI (1936), págs. 512-545, ahora en traducción inglesa: «Dostoevsky among the Members of the Petrashevsky Circle», *Soviet Studies in Literature*, 23, 3-4 (1987), págs. 137-177.

Y ya con los primeros atentados se extendieron por el país los horrores del movimiento nihilista.

El nihilismo no tenía aún ninguna idea. Cuando Turguéniev encontró la palabra y el concepto, que se transfirieron paulatinamente a toda la predisposición de la época y al marco mental, quiso designar con nihilismo la expresión rusa del positivismo europeo²⁷. De hecho, el nihilismo fue al principio completamente ilustrado. Era demasiado ateo para ser religioso. Era pura negación. Y ha necesitado mucho tiempo para adquirir la forma del cristianismo práctico de Tolstói, que finalmente al menos le ha proporcionado contenidos rusos. No obstante, tuvo una idea sólo cuando la revolución reclamó para sí la teoría de clases y Marx se convirtió en el dictador de los ideólogos rusos²⁸.

Los nihilistas eran mártires en tanto que destruían su propia vida en aras de sus objetivos. Pero ¿cómo? ¡si destruían la vida de los demás! Pero ¿cómo? ¡si destruían Rusia! Dostoievski también tenía, al igual que Tolstói y como todo ruso, elementos sociales en su doctrina apostólica por razones altruistas. Pero he aquí la grandeza de Dostoievski y lo que lo diferencia de la actitud de los marxistas: en que concibió de una manera más profunda los problemas económicos de cómo los veía el socialismo y cómo los ve todavía hoy: no en la economía, sino en lo humano²⁹. ¡No hay que quitarle al pueblo su carácter nacional, porque entonces se le quita su humanidad! ¡No hay que poner la mano sobre el pueblo! ¡Y el pueblo no debería ponerse la mano sobre sí mismo!³⁰ Por el pueblo Dostoievski emprendió la lucha contra el radicalismo. En sus escritos políticos examinó el fundamento originario sobre el que se asienta Rusia y puso sus eternas particularidades en armonía con sus propias vivencias humanas que le permitieron decir

²⁷ El autor se refiere a la obra de Iván S. Turguéniev *Padres e hijos* (1862), donde se presentaba por vez primera en sociedad al nihilista en la imagen del estudiante de Medicina E. V. Bazárov. Con todo, conviene señalar que Turguéniev no fue ni el forjador, ni el primero en utilizar el término «nihilismo» para referirse a esta nueva corriente revolucionaria rusa de la segunda mitad del siglo XIX.

²⁸ En este contexto, es oportuno citar las reflexiones que, un año más tarde, en 1922, haría Oswald Spengler en relación con Tolstói y su papel en el desarrollo del nihilismo y de la revolución en Rusia: «Tolstói se encuentra entre Pedro el Grande y el bolchevismo. Ambos no han visto la tierra rusa. Lo que combaten es de nuevo reconocido por la forma en que lo combaten. No es apocalipsis, sino oposición espiritual. Su odio contra la propiedad es de naturaleza económica y nacional; su odio contra la sociedad es ético-social; su odio contra el Estado es una teoría política. Así se explica su poderosa impresión en Occidente. Está de alguna manera con Marx, Ibsen y Zola. Sus obras no son Evangelios, sino literatura tardía y espiritual». Spengler: *La decadencia de Occidente*, ed. cit., pág. 303.

²⁹ «Lo más importante es el hombre, no la economía», había explicitado Moeller van den Bruck en el prólogo a la segunda edición de *Los demonios*.

³⁰ En el prólogo anteriormente citado, Dostoievski ponía en conexión estas exigencias con *Apuntes de la Casa muerta*, obra que es descrita «no como un ataque al Estado, der liberalen Beschwerde oder der revolutionären Entrüstung, sino una confesión esclavófila con un mensaje humano».

en una ocasión que «somos revolucionarios por conservadurismo»³¹, es decir, luchadores por la esencia originaria rusa, a la que le encajaban tan poco las constituciones estatales europeas, el liberalismo y el parlamentarismo como cualquier traje europeo. Sin embargo, en *Los demonios* hizo decir a Shátov, el creyente ruso, el único a quien dio el entusiasmo contenido de un héroe en busca del pueblo y cuya figura amaba como a la de un discípulo: «Quien no tiene pueblo, tampoco tiene Dios»³². Dostoievski se mantuvo en su lucha con la pasión de un fanático, con las enormes fuerzas que el hombre débil saca de la idea de la cual está poseído. Como fanático, no tenía la solidez para proteger al pueblo de la revolución por medio de la reforma. Y como fenómeno, Dostoievski se mantuvo en la línea de los grandes problemáticos, que va de Rousseau a Nietzsche, aun cuando los aventajara como poeta en la forma épica y como pensador en la palabra apostólica³³. Pero como místico sabía que el hombre está entregado a su imperfección. Como político asumió que toda oposición que el hombre de doctrina pone en los fundamentos y en la estructura de lo existente sólo puede tener la exigua importancia de una finitud que está envuelta en una infinitud³⁴. Y como ruso proclamó al pueblo ruso, en cuya fe se había conservado intacto el cristianismo, que era el pueblo portador de Dios en la tierra, que un día este cristianismo se implementaría y que el amor al prójimo superaría al amor propio³⁵. Es cierto que Dostoievski fue en su lucha, que llevó con escarnio y con toda superioridad espiritual, con hombres sencillos, con personas verdaderamente rusas, con

³¹ Las palabras exactas rezan: «En una palabra, nosotros somos revolucionarios, por así decirlo, por cierta necesidad propia, por así decirlo, incluso por conservadurismo...» (PSS 23:44).

³² La cita se halla en *Los demonios*, primera parte, capítulo I, IX (PSS 10:34).

³³ En el prólogo a la segunda edición Moeller van den Bruck ampliaba esta comparación con Nietzsche con las siguientes palabras: «Dostoievski se sitúa aquí en el otro extremo del mismo eje en el que más tarde apareció Nietzsche en Europa. Son los mismos problemas amorales los que les mueven y a partir de los cuales Nietzsche extrajo sólo una consecuencia heroica, Dostoievski ética. Nietzsche elevó a Caín a Prometeo. Dostoievski hizo que Abel se convirtiera en Caín para matar a Caín. También Nietzsche, el humanista y el europeo, buscaba superar el nihilismo: a través de una exageración rapsódica del sí que lanzó contra él como una exageración del Yo que, en última instancia, se queda en esos reinos solitarios del más allá, en los que ya no existe la distinción entre el bien y el mal. Por el contrario, Dostoievski, como santo y profeta, restauró al hombre reencontrando al pueblo, la imposibilidad del bien en los hombres, en el que depende para su convivencia y descubrió como psicólogo y ruso el mal en el yo, el desarraigo del solo yo del hombre separado del pueblo que se ha divorciado de las comunidades naturales: al nihilista».

³⁴ «Con ello, [Dostoievski] se elevó al plano espiritual en el que han estado todos los grandes hombres que ponían su pensamiento político, que siempre fue conservador, en armonía con su conciencia metafísica, como lo habían hecho San Agustín y Dante. Ante la elección entre lo temporal y la eternidad, [Dostoievski] también se decidió por la eternidad». Así completaba su argumentación, que servía a su vez como conclusión a su segundo prólogo a *Los demonios*.

³⁵ En el prólogo anteriormente mencionado, Moeller van den Bruck sostenía que «como psicólogo conocía todos los síntomas de la misma manera que como político conocía todos los sistemas. Todos ellos habían estado en él antes de que los expusiera como artista, sintonizara con ellos como ético y los persiguiera como político. En él la observación era autoobservación».

personas demasiado rusas. Fue con el inquisidor Pobedonóstsev³⁶. También este saber radicaba en su conocimiento del hombre, en su conocimiento de los rusos, según el cual el hombre ruso es demasiado débil incluso para el amor que se le brinda y que se le tiene que unir a través del poder, si no se quiere que desaparezca, sino que se afirme a través del amor.

Dostoievski pronto se percató de que el radicalismo no significa arraigo, sino desarraigo. ¿Qué era, pues, en definitiva, lo que el radicalismo quería desarraigar en Rusia? ¿No era la forma europea? De ahí que fuera tan enfurecida su lucha contra los radicales semianalfabetos y los occidentalistas adoradores de Europa, porque querían introducir esta forma europea en Rusia sobre fundamentos ateos, incluso en sus últimas y más rancias manifestaciones: como república, como constitucionalismo y como capitalismo. Sentía que vendría la Revolución Rusa. Dostoievski no era pacifista y nunca temió la guerra. Declaró: «No siempre se tiene que predicar la paz y no sólo en la paz radica la salvación; a veces la guerra también puede traerla»³⁷. Mas sentía que esta Revolución no traería todavía la salvación. Temía la Revolución por amor a Rusia. La temía porque conocía a sus autores, a quienes presentó en *Los demonios* en una serie de caricaturas de personajes extraños y ridículos, pero peligrosos. En *Los demonios* descubrió la incoherencia del sólo-yo-hombre sin Dios y sin pueblo que lo desgarran de su naturaleza y lo aíslan en tendencias. Descubrió el desarraigo.

La Revolución Rusa ha dado hasta ahora la razón a Dostoievski. Detrás de su primera etapa estaba Tolstói. Vino de la Ilustración. Y significó la disolución. Pero en el instante en el que se decida que ella no sólo trae la descomposición, sino que, tras la más cruel reorganización, de ella surge una reestructuración, estará detrás de su segunda etapa de nuevo Dostoievski. Él significa reconexión³⁸.

³⁶ Se trata de Konstantín Petróvich Pobedonóstsev (1827-1907). Sobre esta decisiva figura de la política zarista de finales del siglo XIX y principios del XX se ha escrito y, sobre todo, afirmado mucho en ocasiones sin base documental alguna. Para una visión general de su ministerio y de su personalidad se puede leer con provecho Arthur E. Adams: «Pobednostsev's Religious Politics», *Church History*, vol. 22, núm. 4 (diciembre de 1953), págs. 314-326. En el prólogo a la segunda edición de *Los demonios*, Moeller van den Bruck citaba junto a Pobedonóstsev al «católico Chaadáiev».

³⁷ Con estas palabras finalizaba Dostoievski su artículo «No siempre la guerra es un flagelo, a veces también es la salvación» de abril de 1877 (PSS 25:100).

³⁸ En 1922, es decir, un año más tarde de la aparición de este prólogo de Moeller van den Bruck, Oswald Spengler escribía en la segunda parte de su *opus magna*: «Tolstói es la Rusia del pasado. Dostoievski es la Rusia del porvenir. Tolstói está adherido a Occidente con toda su alma. Es el gran portavoz del petrinismo, aun cuando lo niega. Es siempre una negación occidental. También la guillotina fue una hija legítima de Versalles. Su poderoso odio habla contra la Europa de la cual él mismo no puede liberarse. La odia en sí, se odia a sí mismo. Por eso es el padre del bolchevismo. Toda la impotencia de este espíritu y de "su" revolución de 1917 se expresa en las escenas póstumas: "La luz luce en las tinieblas". Dostoievski no

Traducción y anotación de Jordi Morillas

conoce este odio». Spengler: *La decadencia de Occidente*, ed. cit., pág. 302. Por su parte, André Gide, en sus «Conferencias en el Vieux-Colombier», también de 1922, valoraba el papel de Dostoievski y de Rusia en la Revolución de Octubre de la siguiente manera: «Sé muy bien que, a través de estas tinieblas en las que se debate hoy en día Rusia, Dostoievski seguiría sin duda esperando. Tal vez pensaría (en más de una ocasión aparece esta idea en sus novelas y en su *Correspondencia*) que Rusia se sacrifica como lo hace Kirílov y que este sacrificio quizá será provechoso para la salvación del resto de Europa, del resto de la humanidad». André Gide: *Dostoievski. Artículos y charlas*. Traducción de Laura Claravall. Ediciones del Subsuelo, Barcelona, 2016, pág. 198.